

CB. 1029309

BC RM F/50 R M
F-9

JUAN NEIRA CANCELA

LA MORRIÑA

ESTUDIO LITERARIO

LEÍDO EN EL CASINO DE LA CIUDAD DE LUGO

con motivo de celebrar aquel Centro recreativo
su última velada

EL DÍA 25 DE ABRIL DE 1905

Con dos fotograbados de la provincia de Orense.

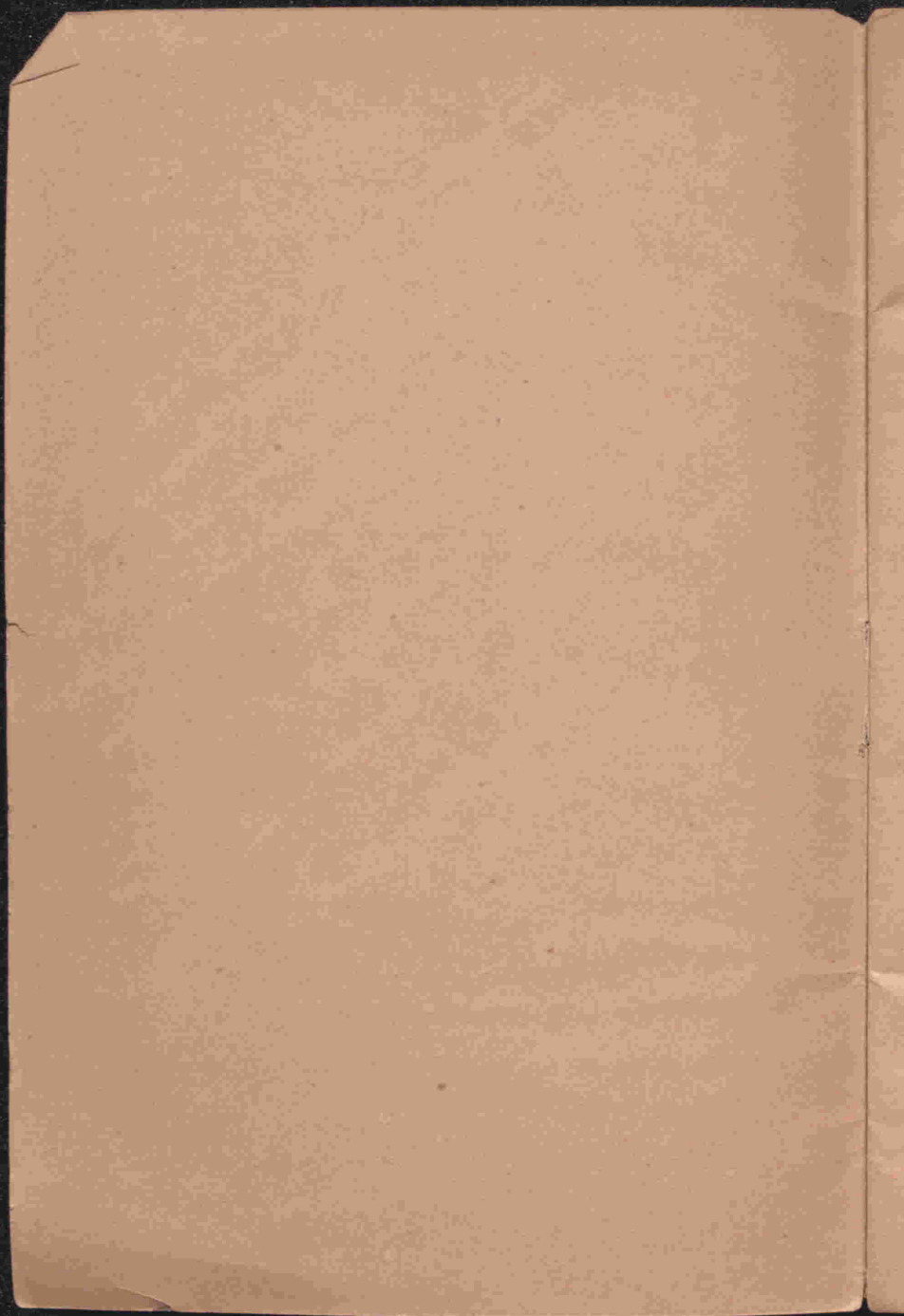
PRECIO: UNA PESETA

MADRID

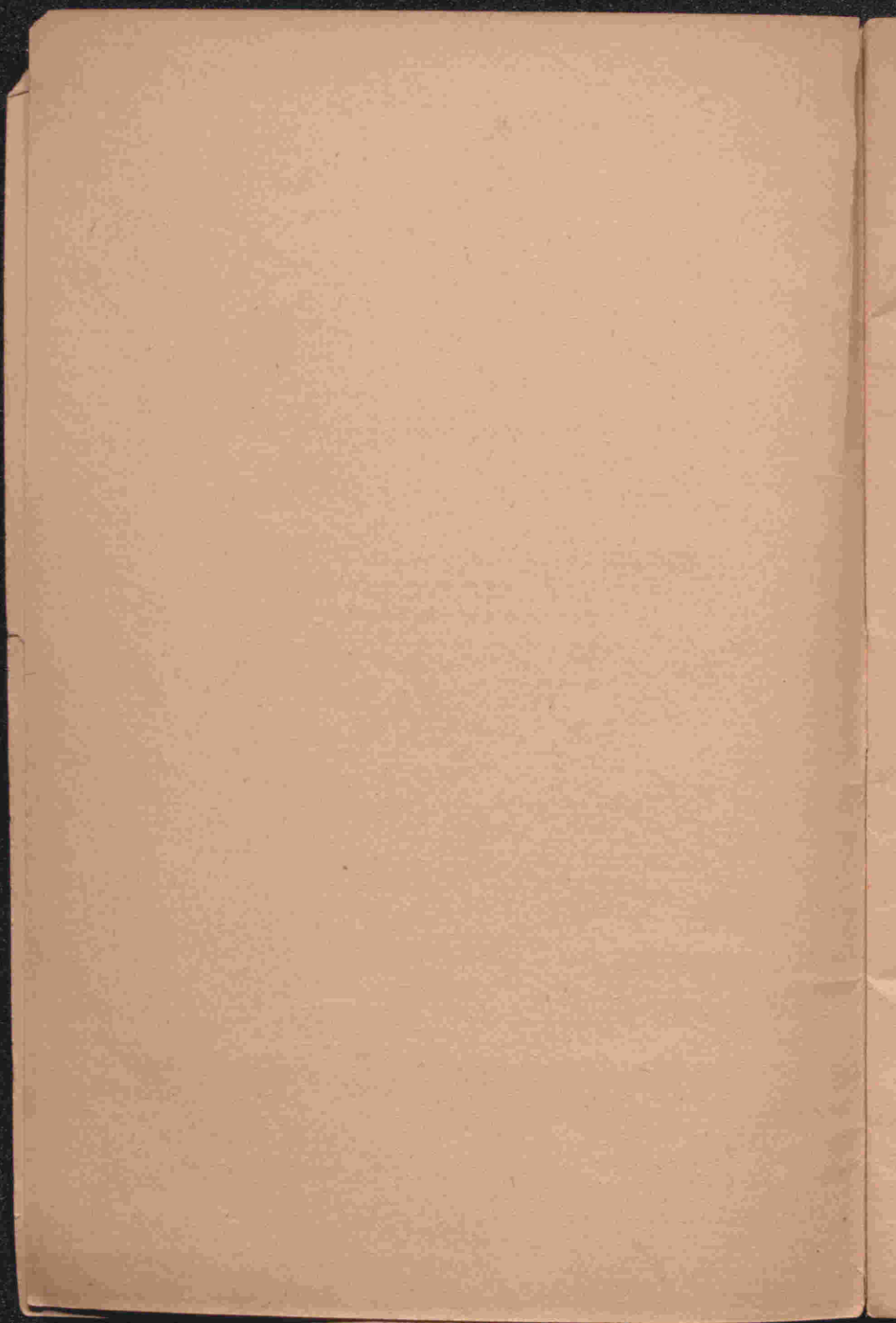
IMPRENTA DE IDAMOR MORENO

Tutor, 22. — Teléfono 2.000

1907



LA MORRIÑA



JUAN NEIRA CANCELA

LA MORRIÑA

ESTUDIO LITERARIO

LEÍDO EN EL CASINO DE LA CIUDAD DE LUGO

con motivo de celebrar aquel Centro recreativo
su última velada

EL DÍA 23 DE ABRIL DE 1905

Con dos fotograbados de la provincia de Orense.

MADRID

IMPRENTA DE IDAMOR MORENO

Tutor, 22.— Teléfono 2.000

1907

"Rodríguez Marín"

En testimonio de admiración
dedica este ejemplar modestísimo
al ilustre rector encarnado en
critica bibliográfica en H. B. C. m
affm S. J. Juan María
González

Oruro Noviembre
18 - 1907

Á mi compañero de velada

Antonio Fernández Cid

*Has muerto en el campo, en la aldea de Santa
Baya de Berreda, cuando en el valle de Celanova
se cuajan colinas y collados de aromosas flores, y
resuenan alborozados á orillas del arroyo de plata
los versos del poeta:*

*Sí, que la he visto pasar el puente
y á los albores se encaminó.*

*Pero no has muerto en mi corazón, y menos aún
se borra de mi memoria tu voz elocuente, tu mara-
villosa palabra, el calor de tu inspiración, en aquella
velada, que recordarán siempre seguramente los hi-
jos de Lugo—que á ella asistieron—como efeméride
de sus más sorprendentes fiestas.*

*En esa noche rendiste á tu querida ciudad de
Orense el homenaje de hijo cariñoso, colocando su
prestigio en la serenidad del espacio.*

*Y en este modesto estudio—que aquella misma no-
che, y por consiguiente en tu grata compañía, dí-
jo á conocer—quiero también estampar tu esclareci-
do nombre en la primera página, para que tus hijos
sepan cuánto te admiraba tu amigo*

Juan Xieira Cancale.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Distinguidas señoras: Señores socios:

El honor que me dispensáis es muy extraordinario; pero en estos instantes no puedo realizar mayores empeños en agrado vuestro: solamente ofrecer os cuanto me resta de mi pobrísima herencia intelectual, volver al cabo de un año á este puesto tan innmercido para mí; ahora á desvanecer ilusiones, y á demostraros que yo represento únicamente comparsa de últimos términos en un cuadro de asunto impresionista, pero no el de personaje de preferencia y colorido, como el que os habéis obstinado en atribuirme.

Cerrar las conferencias de esta Sociedad cultísima, por mucho que los señores de la Junta directiva traten de aguzar el ingenio para enseñaros lo contrario, es misión que corresponde al hombre ó á la mujer inteligentes, al que domina una especialidad ó habla con inspiración propia, al que enseña y deleita; pero jamás á mí, pues

acostumbrado á ideales muy sencillos, y á ver sólo la superficie de las cosas, lejos de profundizar en la tierra, *casi siempre ando por las ramas.*

Yo retrasaba estos momentos precisamente porque me conozco y creo asimismo conocerlos. Damas benévolas y discretas, amigos cariñosísimos, auditorio reservado, pero cortés y tolerante, ya de sobra sé yo cómo me reciben, y en qué forma extreman sus delicadezas; pero esa es la razón de fuerza para la duda que me tortura, para la crisis que presiento, si no satisfago vuestras aspiraciones por completo.

Desde esa tierra hermana, que si no acudió á devolveros el abrazo de mutuo afecto, quiere mucho y nunca olvida, y de cuyo cariño familiar fuí más de una vez testigo, escuchando con placer inmenso el recuerdo gratísimo que allí se conserva de vosotros; desde esa tierra, que también lo es mía, mi primer saludo todas las mañanas, el pensamiento primero, es para Lugo, porque su prensa sensata se anticipa á decirme lo que hacéis, en lo que pensáis, las alegrías que os alborozan, ó las penas más íntimas que os dominan; sentimientos de variados matices, como los del iris, y los cuales me interesan como propios.

Por esa visita diaria, supe yo que el ardor cerebral crecía en este Centro; que su diligente director, sosteniendo la etimología de su nombre (1), *purificaba* los caracteres más duros y rebeldes

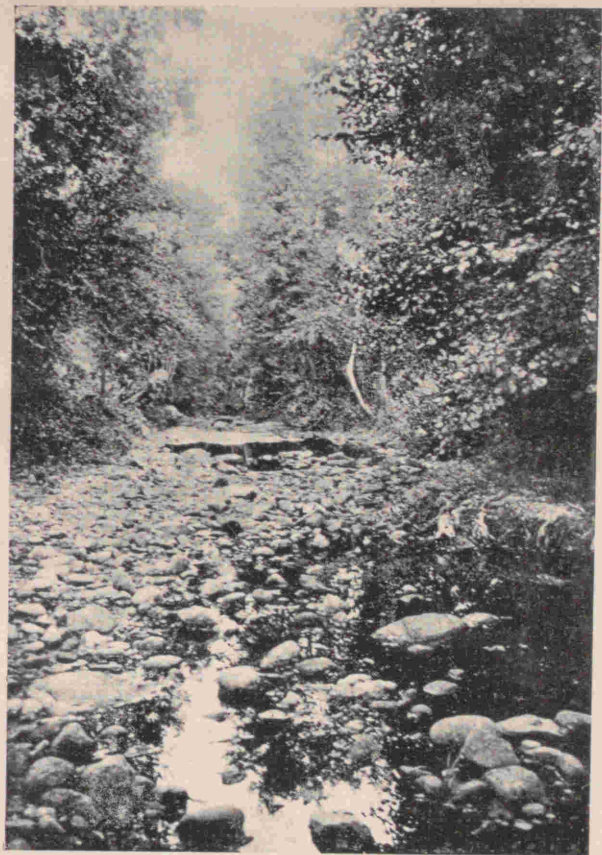
(1) D. Purificación A. de Gora, presidente del Casino de Lugo.

en el fuego de sus razonamientos; y que desde esta tribuna escuchasteis la historia de una gran reina, trazada por uno de sus más eruditos apologistas; habéis recorrido los jardines de la infancia, empujados suavemente por hábil y hacendoso hortelano; la poesía lírica resonó vibrante y armoniosa en labios de sus inspirados poetas y de sus perfectos lectores; arrancaron al teclado acentos de dulzuras expresivas gentiles y celebradas artistas de méritos altísimos; de la opinión de la mujer, hizo el orador fácil un lienzo de primores; la pintura y la estatuaria ofrecieron sus más ricos colores y sus más afinados contornos, y entre mieles de lenguaje y tesoros de técnica, derrochó el crítico musical consumado filigranas de notas y arpegios, melodías y serenatas, flotando en el ambiente espesa nube de arte. La vida literaria del ejército, representada por simpática atracción, en un ilustradísimo capitán de San Fernando, vino también aquí á rememorar las glorías de aquel capitán toledano, *Sebastián Garcilaso de la Vega*, renovador de la poesía castellana, y al conjuro de ese escritor militar, que vive entre vosotros, quedó constituida en Parnaso esta encantadora y verdadera residencia de Musas.

Decidme ahora si no es acto imprudente y temerario el mío, ensayo arriesgado, empresa de más imposible solución que la del derribo de vuestra formidable muralla, esta lectura insulsa, que ha de terminar por fatigaros.

En los trances extremos, los espíritus desprecupados miran al cielo, esperando de arriba al ángel que les ha de salvar; pero á mí no sé me ocurrió dirigir la vista tan alto, porque siendo vosotras, damas cristianas, símbolo de aquellos ángeles, me daré por muy venturoso si, al pedirlos, me otorgáis la porción más pequeña de vuestra gracia.

HE DICHO



UN RINCÓN DEL RÍO LONIA
(ORENSE)

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1911

LA MORRIÑA

SENTIDA POR NUESTROS POETAS

Buscar la actualidad, y recrearos brevísimos espacios, son mis afanes presentes.

Pero la actualidad acaba de pasar con Eche-
garay, y de nuevo asoma con Cervantes: reclama-
ba el sabio dramaturgo, como mejor apologista,
al que fuese maestro en deslumbradoras alego-
rías; el *Quijote*, nuestro poema grandioso, eter-
no como la *Ilíada* y la *Eneida*, exige alientos
extraordinarios y hondas sapiencias.

Entre la epopeya del genio y la labor fecunda
del dramático, superiores ambas á mis cortas
fuerzas, entendí, cual entender debemos quienes
no reunimos condiciones de conferenciantes,
que la tarea propia, aquella que nace del sentido
de la realidad y de la sencillez, la que reverdece
simpatías y añosas memorias, si entra de lleno en
el alma del hombre, y es recibida con cariño en
el corazón de la mujer, ha satisfecho los anhelos
de más alta estima.

Yo escogí para mi conversación con vosotros,
para este sencillo estudio y somera lectura, un

libro que no tiene precio, y, por consiguiente, al alcance de todos los recursos y de las inteligencias todas; no es volumen de ciencias, cuaderno de artes ni manual de industrias: es un libro de paisaje, amplio y extendido libro de la Naturaleza; pero del paisaje nuestro, superior á cualquier otro en el misterio de la conseja rústica, en el vaho caliente que despidе el establo campesino, y en los rizos de espumosa cascada, que ruedan deshechos á la ribera, en hebras de plata.

En las hojas de ese libro, saturadas de mieles pastoriles, hallé el tema sugestivo de mi conferencia, singularmente gallego, y en el cual son asimismo protagonistas el interés é ideal que prestan el hombre y la mujer gallegos.

Ha dicho recientemente un literato ilustre (1) que debiera recomendarse á los escritores españoles escribieran de cosas del país con amor, con empeño, que así deben hacerse todos los cultivos, pues no sólo se labra con el arado, sino que también, y acaso más hondo, con la pluma, y del mismo modo que hoy se predica á las clases directoras la vuelta al campo, de igual manera debiera predicársele á los intelectuales, porque la vuelta de los literatos á la aldea, á la propia casticidad, es tanto para renovar y vigorizar la intelectualidad contemporánea, como el trabajo agrícola en el heredado terruño, para factor de prosperidad, y bienandanza de las naciones.

(1) D. Aurelio Ribalta.

En estos pensamientos vi de primera intención muy claramente reflejados mis más deliciosos ensueños, porque tal es mi trabajo de algunos tiempos, y así continuará siéndolo, mientras pueda contemplar la renovación periódica de la primavera, y resistir los desabridos vientos invernales en la sierra.

Existe un mal en Galicia que produce pesares y no se combate, una dolencia que enerva, y sin embargo sólo se considera enética cuando sus habitantes, movidos por ansias transformadoras, se deciden, creyéndose robustos y capaces de vencerlas, á *dejar* la tierra nativa.

No es enfermedad, pero hace sufrir extrañas sensaciones: la medicina la considera para el resto de otras gentes, en común, fácil de extinguir, y con un nombre muy generalizado; pero en nosotros viene á imprimir carácter, á ser padecimiento crónico del espíritu, algo extraño y simbólico, que se adhiere á la raza, como el musgo á la roca y la lustrosa hiedra al tapial envejecido.

Todos los gallegos, en mayor ó menor vehemencia de afectos, heredamos este mal desde la cuna; pero cuando, mozos y desprevenidos, apenas nos rendimos cuenta de la dañina influencia que ejerce en su propio desarrollo la dulcedumbre del país en que vivimos y la contemplación incesante de sus irisados y suaves panoramas.

Porque este mal, que no es mal, y sus dolores,

que en vez de infligir á cruentas amarguras sólo arrancan suspiros, podrá quizá revelarse en las provincias restantes de España, pero en ninguna constituye una situación del alma, más que en Galicia.

Es peculiar y exclusivo de las comarcas nuestras; es una queja silenciosa, un sollozo sin gemidos, un tono adormilante, como de respirar de frondas; y á esta forma excéntrica de sentimientos callados y de resignadas sufrideras, es á lo que en nuestra patria pequeña, en el mundo labriego, de los campos apacibles y de los ríos caudalosos, se conoce, y es conocida también de costas adentro y de mares afuera, con el nombre gris de *morriña*.

La *morriña* nos pertenece: no es en absoluto tristura grande ni melancolía intensa; nostalgia y pena, que de tales roedores físicos y morales padecen cuantos experimentan quebrantos del alma ó lesiones orgánicas: la *morriña* caracteriza al paciente campesino, y no le persigue ni le abruma, y menos conoce el poderoso influjo de ella, ínterin tanto no renuncia á su país, hasta que no lo pierde de vista por completo.

Como la *morriña* no es otra expresión que vago estremecimiento de frío del ánimo, ráfaga grácil de ambiente campestre, mecida voluptuosa de las flexibles cañas, y reflejo de claridad de auroras, hay que reconocer forzosamente que la *morriña huele á aldea*, que es oriunda del campo, caldeada en la ribera, yerta en las cumbres.

No entra en el cuerpo, pero se ampara en las dobleces del alma; no altera el pulso, pero precipita el latir del corazón; nació como esas plantas silvestres, de indefinidos olores, á las orillas del cristalino y humilde regato, junto á la fuente del lugarejo, abierta en la grieta de la roca sombreada por las flexibles y derechas ramas del avellano, y en esos oasis de abundosa vegetación recogió frialdades de rocío, desgarrones de neblina, copos de nieve, y el vapor sutil que del sembrado se eleva, después que el sol dora la mies y seca la costra de la tierra.

Por eso los naturales de Galicia, lejos de temerla, la mimamos; porque sabemos que dentro del marco regional la *morriña* desaparece, se oculta, huye á tenderse perezosa, indolente y desmayada, cual ella es, en el helado lecho del río, ó á renovar oxígeno en las penumbras del pinar.

La *morriña* gallega se disfraza de visión acusadora, para intranquilizar, y se reproduce como imagen fidelísima del país y de sus costumbres: así que el cultivador ambicioso abandona el arado; luego que la familia emigrante se lleva al chicuelo, no conocedor de nuevas montañas que las de su contorno, y más fieles amigos que su yunta y su rebaño riberiega, pastoreada por él, en los céspedes, á orillas de las presas.

Es entonces, al cerrar la pobrísima vivienda rústica, y ver el añojal huérfano del grano amarillo del maíz, y del pajizo del trigo, la hora prefiri-

jada, angusta, de manifestarse la *morriña*, dondequiera que el alma gallega resida, y no aún atarazada por contracciones involuntarias, agudas picaduras y ansias mortíferas.

La *morriña* busca al inquieto, al desesperanzado, arrepentido ya ó inseguro de sus impulsos; y en sus nuevas labores, en las jornadas de ardorosa lucha, en el violento trabajo del amo cruel, explotador de su robustez, economías y virtudes, refresca su frente abrasada, con un suspirillo de brisa natal, entona suavemente, con blandura femenil, al oído del expatriado, lamento de añoranzas, de la gaita gallega; y en sus letargos, en las noches eternas, de lejanías de la patria, hace vagar ante sus ojos, secos por el insomnio y los delirios, en reproducción quimérica y alucinadora, la montaña desierta, los robledales densos, la iglesia abierta de par en par á la fe y á las oraciones, *as terriñas sementadas*, *as congostras que fan medo*, el molino de negros y desunidos sillares, junto á los pasales del río, y las auras gozosas de la tarde, anunciando la llegada de la luna, que va subiendo, subiendo, lenta, derecha, solemne y límpida, á espaldas de un *castro* muy obscuro, y por entre un castañar muy espeso.

Es nuestra fiebre templada, nuestra *morriña* ingénita, la musa más hereditariamente paisana: ella recibe las humedades de las praderías, flota en el ambiente puro de la mañana, en los aires sosegados de los anocheceres, hasta en la luz de los ámbitos entristecidos, y por eso, como reúne

mucho de evocación etérea, de sombra que avanza y retrocede, de morosis del ánimo y de vaguedad que despierta rientes esperanzas, nadie mejor á sentir y expresar la incurable dolencia moral de estas provincias frateras, que nuestros poetas bucólicos.

Y de todos estos bardos, cantores infinitas veces en plañideras rimas de sus angustias de *morriña*, vengo en esta hora reposada, y por la gran autoidad que yo reconozco en todos vosotros, á traer su *propia morriña*, la de aquellos que aun la cobijan enamoradamente en lo más abrigado de su pecho, vencidos á su misteriosa influencia, pero sin penetrarse de que llevan en sí mismos la más lozana y germinadora de sus semillas.

Renuevo también la *morriña* de los poetas muertos, á fin de que maduréis la manera de experimentar que tenían su afectiva sensibilidad.

La adivinaron, aletargó sus sentidos, anidó con la expresión de más exquisita idealidad en el cerebro; pero casi todos coincidieron, al gemir tristezas y *saudades*, en escoger como retiro á los extremados padeceres de esa pegadiza *morriña* el valle y el soto, la robleda y el junqueral, donde empapó sus sienes el primer rocío de iluminación del entendimiento.

Escuchad la protesta del maestro de la poesía regional (1), el más dolorido también, enterrado

(1) Valentín Lamas Carvajal, poeta ciego, vivía aún cuando se leyó este estudio, habiendo fallecido en Orense el 4 de Septiembre de 1906.

en vida en su retiro familiar de *Auriabella*, y adivinaréis los síntomas de la lenta y roedora *morriña*, que aniquila sus horas de modorra.

En *Saudades gallegas*, Lamas Carvajal, nuestro gran Homero del terruño, que no ha menester de luz en sus obscurecidas pupilas para ver en sus propios pensamientos la diafanidad del cielo y de las alboradas, invoca en los herbazales de la aldea á las hadas, para que distraigan su *morriña*, y les pide en blanda e *feiticeira* trova que le consuelen *co-a fala gallega*.

Fálame n-esa fala melosiña
que celestiales armunias tén;
fálame n-o linguaxe d'a terríña
s'é que me queres ben.

Se desexas probar d'o teu cariño
as tenruras, o fogo y-a pasión,
probas con me chamares, *amantiño*,
que me tés moito amor.

Se ch'eu digo que fora meu encanto
vivir sempre ond'á ti, xuntos morrer,
terás dito que sintes outro tanto
con escramar ¡canté!

Chámame *mintireiro* s'enganada
d'o que che diga chegas á dudar,
tolíño si ô falar, pol-a calada
che roubo un bico ou mais.

Fálame n-esa fala qu'expresando
tristuras, fai sentir ô curazón
non sei que morno acabamento brando
nin que vaga emoción.

Fálame n-esa fala pracenteira
que cando goces expresarnos quer,
é mais leda qu'os tonos d'a muiñeira,
é mais dulce que a mel.

N-unha sola palabra dinos tanto
este novo falar feitizador,
qu'unha pulla, un poema, a risa o pranto
condensa n-unha voz.

Arrólame c'os ecos d'esa fala
que tan ben fai sorrir como chorar,
múseca que os oubidos non regala
d'as xentes d'outro chan.

Fálame no linguaxe d'os gallegos
se me queres facer moito sentir;
n-a fala que hastra en lábeos de labregos
non sei que ten pra mín.

Arrólame c'o ritmo regalado
co-a sonora infinita vibración
d'o falar pol as fadas inventado
pra meigar curazós.

Xa de neno, esa fala melosiña
ó meu feitizo, á miña groria foi;
fálame n-o linguaxe d'a terriña
s'é que me tés amor.

El poeta orensano, cuyos versos incomparables exhalan fragancia á labrantío, es quien sorprendió con mejor instinto la doble característica de la *morriña*, una crisis de muy endémica y particular afección, remedo de risa franca y mueca irónica, contraste punzante, en amalgama regocijante y chocarrera, de las ásperas tribula-

ciones que consumen por innúmeros conceptos al poblador del campo.

Á los que no conozcáis, á pesar de las doce ediciones que se imprimieron—evidencia absoluta de su valor crítico,—su libro más leído y festejado fuera de España, que dentro de su propio escenario pretenden mis ánimos enseñaros, la primera lección del popularísimo *Catecismo d'a Doutrina Labrega*, reproducción exactísima y zumbona del extremo, del contraste que aquél sorprendió en la *morriña*.

Decraración d'a Doutrina Labrega.

—¿Sodes labrego?

—Sí, pol-a miña desgracia.

—Ese nome de labrego, ¿de quén o recibiche?

—D'o sacho que me fai callos n-as maus, d'a terra que rego c'o suor da miña testa, d'as mouras fames que paso, d'o aire que brua n-as miñas faltriqueiras, d'a monteira que levo n-a chola, d'a corozza de palla que me libra d'a chuva, d'as cirigolas d'estopa que me cobren de medio corpo abaixo, e d'outras cativeces entr'as que vivo aguniando.

—¿Qué quere decir labrego?

—Home acabadiño de traballar, casta de besta de carga n-a que tanguen á rabear os que gobernan, sér á quen fan pagar cédula como ás presoas pra tratalos com'òs cas, que andan pol-as carri-leiras e congostras como almas en pena, esvai-

dos, fracos, esfamiados, pensando n-o pan que non lles ven ás maus, e n-os cartiños que fuxen d'eles como d'a queima, botándolle olladas degorantes ós aparadores d'os almacés onde se vende xamón, salchichós, polos asados, perdices, dulces, conservas, queixos e outros manxares apetecentes; pensando n-as veces que pol-o día adiante se ll'abre á un a boca, e se lle vai o estómago, xa canso de non dixerir mais que patacas, cando as hay, pra comelas en cachelos, e sin sal moitas veces pra seren gallegas enxebre, pois maldita si gracia teñen nin xiquera ll'a fan o estómago.

—¿Cómo saberá o qué ten que traballar?

—Vendo que non hay un chavo, nin unha cunca de fariña n-a chouza, que ó recaudador non dorme, que hay que manter a muller y-os fillos, que os que gobernan non fan mais que pedir trabucos, que os que mandan queren ter sempre o comedeiro acugulado, que o persupuesto de gastos é un pozo sin fondo, e que o persupuesto d'ingresos non pasa de ser unha cesta que os tratadistas se degoran por encher d'auga, que sin cartos non se pode dar un paso n-este mundo, nin hay xusticia, nin dereito, nin xiquera é un xente, que dende que lle chaman á un *volo* n-o bautismo, hastra *niquitate* n-o enterro, pasando pol-a confirmación, en que nos dan unha lufiada n-a cara, hastra o matrimonio en que nos xungen á unha muller pra facer unha xunta de boy e vaca que ha turrar pol-o carro d'a familia, te-

mos que soltar os cartiños d'unha maneira ou d'outra, pois si non é por fas é por nefas.

—¿Cómo se poderá esquecer d'o que tén que pagar?

—Poñéndose bébedo, volvéndose louco, meténdose cen brazas debaixo de terra ou morrendo.

—¿Cómo non se coidará d'o que tén que recibir?

—Facéndose de conta que tén os hosos de goma, prá que non lle doan por moito que mallen n-eles, non pasándolle nin pol-as mentes que ha de recibir cousa que sea *de porveito, nin que valla diñeiro, porque os labregos, de recibiren, fora d'o ben que lles veña recibindo á Dios, non reciben mais que xiringazos.*

También vosotros tenéis poetas, que llevan á hombros, como carga de grano al molino, la brumosa *morriña*, de las ásperas y elevadas montañas de la *Moa*, y las refracciones esplendorosas que descienden de la abrupta sierra *Carba*.

De esos vates, mientras el uno conquista centenares de gloriosos y disputados premios en nuestras modernas fiestas (1) olímpicas, y pasea el otro, de tarde en tarde, su musa jovial y gallegamente expresiva, por salones y coliseos para grato esparcimiento á los acerbos pensares (2),

(1) Manuel Amor Meilán, el poeta gallego de los Juegos Florales.

(2) Jesús Rodríguez López, poeta satírico gallego, y médico distinguido.

el antiguo poeta de la *morriña* desfallece al fatalista embate de las *remembranzas* (1); apenas se le cita y discute ya, entra ni sale en los corrillos callejeros ó en los mentideros políticos, con su verba copiosa, y de su pluma de reñidor temido y paladín esforzado en las ingratas y sensibles escaramuzas del periodismo, se perdió su huella; y también, como en sus mejores días, no viene ahora á respirar bálsamo del llano y del repecho, obscurciéndose lentamente su estro, á imitación de los luceros, al centelleo de los celajes precursores del alba; ya solamente restan de Aureliano Pereira—que á él aludía—los extraviados ecos de su *morriña*, sentida en Salamanca, *en las tierras calvas y en las lejanías muertas*, del pobre Gabriel y Galán; allí sintió el poeta de Lugo agonías, deseos, contrariedades, porque no encontraba cielos, pájaros, ríos y remansos como estos del hogar sano.

Alegre, decididor, inquieto y nervioso en apariencia, peligrosa *morriña* obligóle—hace ya de esto treinta años—á confesar que el sentimentalismo era la expresión dominante y veraz de su temperamento poético, en estos ahogos doloridos:

Lonxe d'a terriña,
lonxe d'o meu lar,
qué morriña teño,
qu'angustias me dan.

(1) Aureliano J. Pereira, ilustre poeta lucense, cuyo primer aniversario de su fallecimiento acaba de conmemorarse con gran pompa.

Non che nego a bonitura,
ceño de esta terriña;
ceño d'a terra allea,
¡quén che me dera n-a miña!

¡Ay, meu doce Miño,
que regas meu chan!
Os aires che levan
o meu sospirar.

Cheirosas son estas rosas,
cheirosas e bonitiñas.
¡Ay, quén aló che me dera
entre pallas y entr'ortigas!

¡Ay, meu alaláaaa...
cándo t'oireil!
Chousas e searas,
¡cándo vos vereil!

Verdiños son estos campos,
verdiñas as arboledas,
pero non moven as polas
os aires d'a miña terra.
¡Lonxe d'a miña,
qu'angustias me dan!
Os que vais pra ela,
¡con vos me levail!

N-as noites de tristura
en que, nubrado, ó ceo
a y-auga verte á cuncas
y-entre as ramas d'os arbres zoa o vento,
xunta un cativo lume
chegado está o labrego;
n-as maus posta a cabeza,
fixa a vista n'os cepos,
calado e inmobre, cal si a estauta fose
d'o propio sofrimento.
¿Qué cavila ese probe? Quizáis pensa
n-as cruezas d'o inverno,

e ¿quén sabe qu'ideas fan camiño
pol-o seu pensamento?
Samente algunha vez triste sospiro
desfoga d'o seu peito.
y-él mira pr'o fouciño que reloce
d'as últimas estelas o chispeo.
¡Probe escravo d'a terra! Non o mires
deixo n-o muro negro;
ind'Agosto está lonxe, y-hastr'estoncias
non se sega o centeo.

De los trovadores que más triste acabamiento experimentaran, ninguno tan desamparado como el viejo aldeano de Boel, aquel coruñés legendario, mantenedor y último ejemplar de la raza bohemia, simpático en grado extremo, combatido por aciago horóscopo, amigo de muchos poderosos de la tierra, quienes celebraron su estro y no tuvieron un solo rasgo humanitario para arrebatarlo del lecho del hospital de la Princesa, en donde murió de hambre y de frío, y con la *morriña* de un deseo incumplido: el deseo santo, la mística súplica romancesca de que los vientos del Noroeste arrullasen su eterno sueño.

La ráfaga de *morriña* del viejo poeta Francisco Añón, la que excitó su sensibilidad, prometiéndole esperanzas hasta que la muerte se le aproximó, marcándole el último rumbo de su incierta vida, debió constituir el anhelo permanente del retorno á su lugar, á su caserío de Boel, expresado en tiernísimo ritmo.

Este hermoso panorama
de vistosos horizontes,
que entre pintorescos montes

se extiende y se desparrama...
el río que se derrama
dulce, plácido y sereno,
por medio del valle ameno,
hasta perderse en el mar,
sin duda ha sido el lugar
del paraíso terreno.

¡Boell! Deliciosa aldea
de una colina en la falda,
de árboles verde guirnalda
la circunda y la sombrea:
pero lo que la hermosea
sobre los demás lugares
son los umbrosos pinares,
que hacen de él un rico Edén,
donde blanquear se ven
sus redondos palomares.

San Orente, Sierra, Entines...
y, sobre todo, Boel,
son un continuo verjel
con sus frondosos confines.
Por doquiera que examines
este suelo encantador
lleno de gracia y verdor,
dirás con placer profundo:
«No se encuentra en todo el mundo
un rinconcito mejor».

No había sido Benito Losada poeta que se revelara en sus mocedades, y, por consiguiente, uno de tantos predestinados á ocupar puesto en la ornamentada galería de la juventud romántica y soñadora de sus días, razón fundamental para que sorprendiese gratamente á la moderna generación trovera una musa que en las finalidades de la vida se presentaba en el mundo de la idea-

lización color de rosa, á devolver frescuras de sus primeros años, ingeniosidades de la gente labradora, dichas y pensadas en tono picaresco, con más abundancia de color que sombra, pero garboso á un tiempo, agudo, discreto, fino, y con toda la reunión de tonalidades que recoge la *morriña* cuando se desentiende del sabor sensitivo que inspiran los paisajes adormecidos, y busca en la fiesta del santo patrono, en el bullicio d'*o fiadeiro*, ó en la promesa amorosa al pie del crucero del camino, la imagen animada, risueña y candorosa de la población agricultora.

Losada, luego de ocupar una posición brillante y desahogada en sociedad, y recorrer el mundo curando dolores físicos—era médico militar—con el cerebro franco y una inspiración facilísima, retornó al país, enfermo, pero animoso, y se dedicó con ahinco á romancear, á revivir la leyenda y el tipo, la costumbre y el retruécano populares, á saturarse de *morriña nueva*, ya que no podía saturar de oxígeno los fatigados pulmones, y antes de entregarse en brazos de Dios, legó al país su testamento poético, *sus contiños d'a terra*, que se leen con la risa en los labios, y las memorias indelebles *d'as suas carballeiras*, de la Ulla pintoresca, y de *Santa Xusta de Moraña*, caminito de Caldas.

Me atrevo á afirmar que si todos los gallegos participasen de la *morriña* de Losada, serían entonces temidos y envidiados por la inmensa mayoría de extraños que han visto en ese mal de

abatimiento motivo poderoso para zaherirnos, y tacharnos de apocados.

Porque el poeta santiagués, á semejanza de los que sacuden la pereza, acometiendo ardorosos trabajos, se sacudía la morriña escribiendo donos-
sas narraciones y epigramáticos galanteos, cual
estimar podéis en

Adiós, Carmela

Carmela, Carmeliña
d'ollos de ceo,
míram'un poquiniño,
qu'estou morrendo;
e xa que morro,
queimareime n-o lume
d'esos teus ollos.

—
Atopeite nantronte
d'a fonte preto,
que d'a corda levabas
un boi marelo.
Tuyen envidia
d'o boi, e hastra d'a corda
que n-a man tiñas.

—
Moi quedo, moi quedíño,
sei que cantabas,
e falaba d'amores
aquela cántega.
Si ven m'eu acordo
ti cubertos de bagoas
tiñal-os ollos.

—
Eran aquelas bagoas
com'os carballos
qu'están n-os carabeles
abaneando.

Eu sede tiña;
e dera por bebelas
a miña vida.
¡Aa...! ¿retorcel'o bico?
Xa sei, Carmela,
que de noite con outro
falas n'a eira.
Vaite, rapaza;
bule ben, que n'a fonte
Pepe t'agarda.
Vaite, e conto calado,
xa dobro a folla.
Posto que me non queres
adiós, maas novas...
Olvidareite,
que, escomasi, n-o mundo
sobran mulleres.

N-un baile

—Ben te conozco, Manolo;
¿á que non certas quén son?
—Nin m'importa.—¡Toleirón...!
—¿Pensas hoxe cear solo?
—Mira; amóstram'a manciña.
—Aquí a tés... ¿Gústach'a ti?
—¡Uy, uy, uy! vaite d'ahí,
que me cheiras á cocíña.

¿Seria limpo?

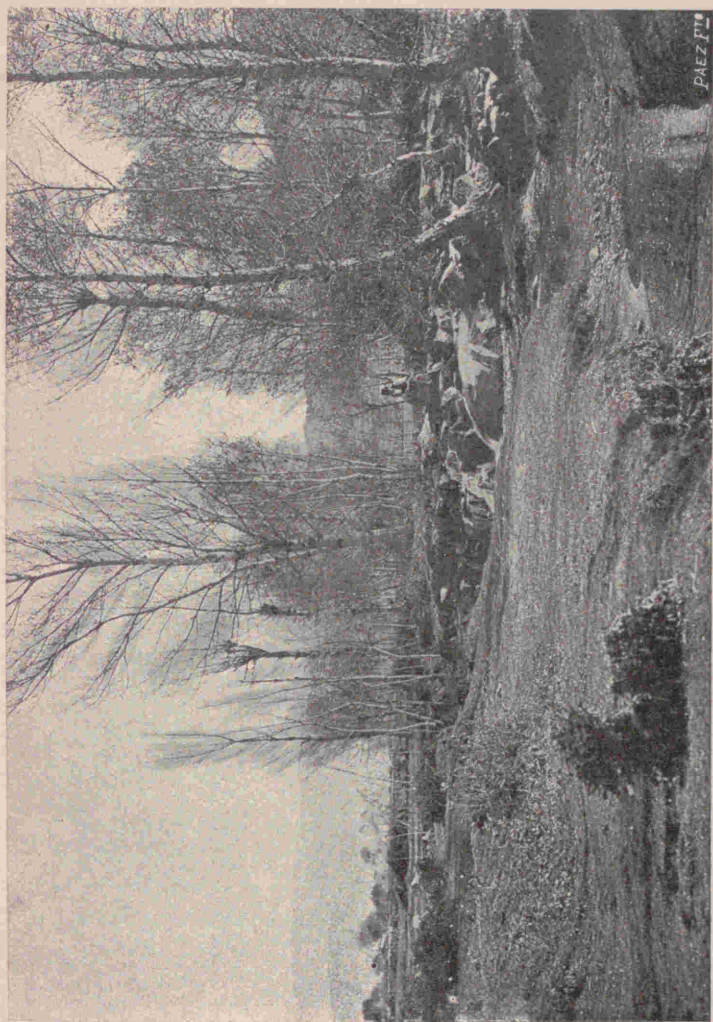
N-o camiño d'á Bandeira
atopou Bras á Lourenzo,
e como levaba lenzo
faloulle d'esta maneira:
—Lourenzo, ¿fixeche feira?
—Sí—respondeulle—¡catí!
Merquei, pois caro n-está,
lenzo pra unha camisa,
e eso que me non percisa
qu'outra postra teño xa.

Vana pretensión é invencible empeño para quien haya nacido en Galicia, aquella que tenga por finalidad alardes de indiferencia y menosprecio hacia todo lo que contiene sello indeleble de regionalismo.

No existe provinciano que deje de atesorar como reliquia santa, adormecido en el corazón, ó soñoliento en el alma, un resto de amoroso recuerdo infantil: andaluces y aragoneses, extremeños y castellanos, catalanes y vascongados, podrán soportar por condiciones especiales de la raza con mayor entereza, y hasta designar á ese recuerdo íntimo y nacido de la entraña patria con el nombre técnico de *ictericia*; pero buscando la verdadera transformación de ese color amarillo, como el de las hojas secas á entradas del otoño, y el cual estereotipa dicha enfermedad, forzoso es resolver que, robustos unos, débiles otros, vencidos ó vencedores, á su simple contacto, esa nostalgia que produce extravíos es la *morriña gallega*, de mayores opresiones y fatigas en nosotros, de vástagos más lozanos, porque la campiña, la vid silvestre y la heredad destilan también más almbares.

Sin el numen del poeta, y profano por tanto en juglaresas canciones, deslizóse también un día con sigilosos andares la dulce morriña dentro de mi alma, y la padecí á mi modo, retraída y fosca, con retorcidas de nervios y escalofríos en el cuerpo.

Era en la plaza principal de la ciudad de Za-



PAISAJE DEL VALLE DE VERÍN

PAEZ I^o



mora: una noche sofocante de Agosto, y alumbrada por el cristalino resplandor de las estrellas; tendidos sobre el empedrado, aguardaban los lentos asomos de la mañana una veintena de tostados segadores, durmiendo en esa paz y blandura del que se rinde al peso del trabajo.

Mas no todos dormían: había dos que velaban, un mozo y un niño, y en voz queda, á fin de no turbar sin duda el sueño de los compañeros, no imaginándose que otro gallego ausente pudiese interesarse en su diálogo, se cruzaron distintamente estas preguntas:

—*Manueliño, ¿ond'apartas?*

—*Eu, en Albarellos, por xuni'a horta d'o crego, ¿ti sabes?*

—*Pois eu tomo pol-o atallo, que chega ó mesmo pé de Laza; é unha corredoira estreita, con moita ramalleira, moito toxo, e á fuxir un d'o sol que queima! ¿ti entendes?*

—*¿E cánto levas pr'a casa?*

—*Vinte pesos en vinte rodas.*

—*¿E ti?*

—*Cinco pra miña nai*, suspiró el chiquillo, rascándose la cabeza y levantando al cielo los ojos.

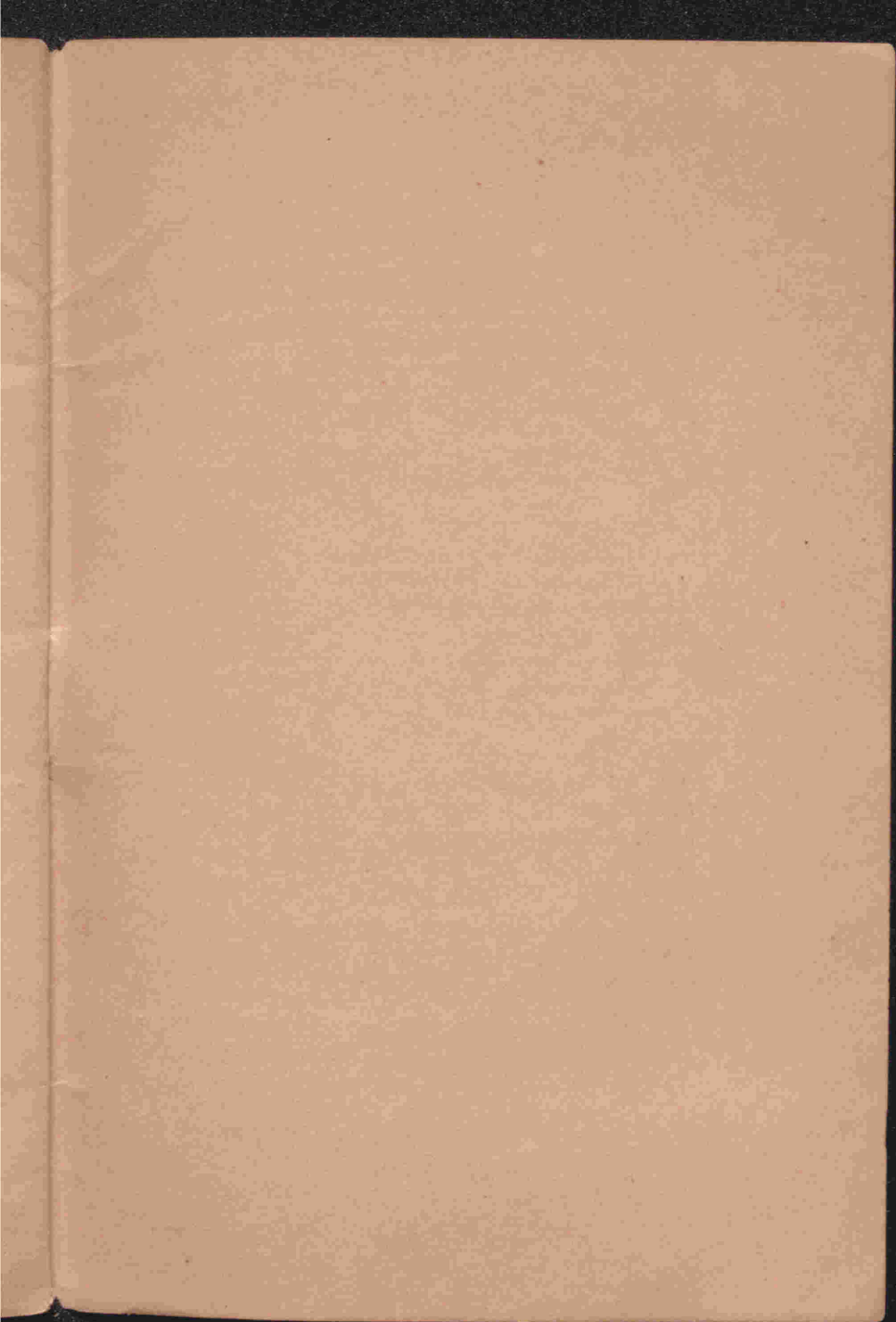
En la mente gallega palpitaban las emocionantes expresiones de los hijos de la región del sufrimiento y del olvido.

Al separarme de los segadores, que buscaban anhelosos, de nuevo, sus floridos valles de Monterrey y de Verín, á pesar de las sombras que á

la ciudad castellana envolvían, delante de mis ojos oscilaba una luz, una llama, un fuego fatuo, y á su encendido reflejo, percibí claramente las blancas casitas de la aldea, el curso sinuoso y tranquilo del Támea, la pobre madre del niño que regresaba de la siega, y el atajo montés de Laza, entre retamares y muros bajos, defendidos por zarzales.

¡Entonces ya se había apoderado de mí la morriña!

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS. — El libro *Montaña de Orense* consiguió de la crítica unánimes y extraordinarias alabanzas, mereciendo un juicio elevadísimo de parte de los escritores más distinguidos de Galicia y de España, como fueron Emilia Pardo Bazán, Miguel de Unamuno, Mariano Miguel de Val, Andrés González Blanco, Salvador Padilla, Manuel Castillo, José Vega Blanco, Benito Fernández Alonso, Aurelio Ribalta, Gumersindo Buján, José Vázquez Seselle, Jesús Rey Alvite, Enrique Cantón Alvarado, Gerardo Álvarez Limeses, Manuel Amor Meilan, Emilio Tapia Rivas, Antonio Rey Soto, Manuel Martínez Sueiro, Juan José de Reza, y Delfín Martínez Losada.



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ecos del Campamento. (Poesías.) Agotada.

El programa de Ángeles (Monólogo en verso) Agotada.

Caldo gallego. (Tipos y costumbres de la tierra.)

Ramón Fernández Cid. (Semblanza.)

Memoria de los Juegos florales de 1901 en Orense.

Montaña de Orense. (Estudio de paisaje y costumbres, con prólogo de Emilia Pardo Bazán.)

Conferencia á la memoria del poeta José María Gabriel y Galán. (Leída en el Círculo Obrero Católico de Orense.)

La Morriña. (Estudio literario.)

EN PREPARACIÓN

Ribera de Orense. (Paisaje gallego y costumbres.)